

JOSÉ P. SALDAÑA

Visitas del Presidente de la
República don Benito Juárez
a Monterrey

U A N

SIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO

CCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

ANUARIO HUMANITAS 1967
CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

233
8

US 6 171
23 15 13

SMITHSONIAN INSTITUTION

1892

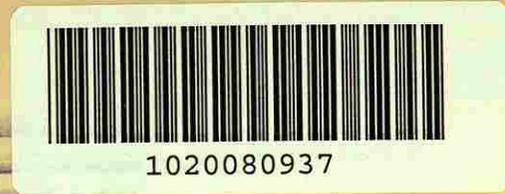
WILSON

NOV 7 1892

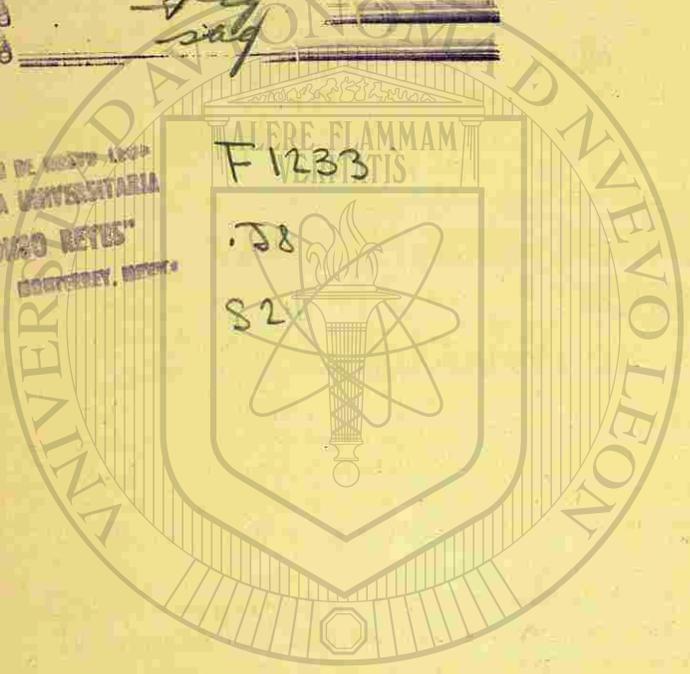
AMERICAN MUSEUM OF NATURAL HISTORY

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FUNDADA EN 1825 MONTERREY, NUEVO LEÓN

NL
972.12
S 162 v
057718
- 1 -

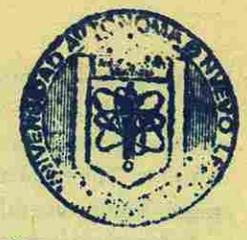


mayo 1967



FONDO UNIVERSITARIO

Biblioteca Alfonso Reyes
J. P. Saldaña



Capilla Alfonso Reyes
Biblioteca Universitaria

VISITAS DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
DON BENITO JUÁREZ A MONTERREY

JOSÉ P. SALDAÑA
De la Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística.

PARA EXPLICAR LAS DOS visitas de don Benito Juárez a Monterrey, la primera de tres días y la segunda durante cuatro meses, es necesario analizar, aun cuando sea en rápida visión, el panorama que prevalecía en el país.

Debemos remarcar lo que significaba para Juárez la amistad y la cooperación de don Santiago Vidaurri, caudillo absorbente, enamorado de sí mismo, pero que, a pesar de sus defectos, había contribuido en forma extraordinaria al triunfo de la causa liberal, y constituía un baluarte de inestimable valor en el noreste, como, en caso contrario, significaría un serio tropiezo para la defensa de la República.

La época, 1864, fue una de las más aciagas por las que ha pasado nuestra nación. Las fuerzas extranjeras integradas por franceses y austríacos en su mayoría, en número de 70 mil hombres, bien armados, veteranos en el arte de la guerra, haciendo causa común con el ejército comandado por los generales enemigos del Gobierno liberal, habían logrado dominar la mayor parte del País.

En la amplitud del territorio nacional se combatía en condiciones desiguales, en cuanto a elementos de guerra. Los invasores disponían del mejor armamento de la época, y del dinero necesario para sostener los gastos de la guerra. A su lado militaban generales mexicanos valientes y experimentados, jefaturando varios miles de soldados.

En cambio la situación de los republicanos era poco menos que desesperada. Después del triunfo glorioso del 5 de Mayo, acreditado al valor, estrategia y patriotismo del Gral. Ignacio Zaragoza, que tuvo como escenario la ciudad de Puebla, por cada triunfo de los liberales correspondían varias derrotas.

Obligado el Presidente Juárez a abandonar la ciudad de México, en pe-

0577
398



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

H-26 FONDO UNIVERSITARIO

52954

nosa peregrinación llegó a San Luis Potosí, en donde estableció los Poderes del Gobierno.

Desde este lugar continuó la guerra con su inquebrantable decisión de triunfar. Necesitaba disponer de cuantos recursos le fuese posible, y considerando comprometida su situación militar decidió avanzar hacia el norte.

Sobre sus mermados contingentes marchaban tropas francesas y mexicanas bien pertrechadas, ansiosas de aniquilar la fuente misma de la oposición imperialista.

Preparando el ánimo del caudillo fronterizo don Santiago Vidaurri, le había escrito Juárez. Hacía tiempo que la actitud de Vidaurri no encuadraba con la situación delicada de la República. A todo requerimiento de ayuda contestaba con evasivas. No se podía contemporizar ya con situación tan ambigua.

En la guerra de la Reforma, Vidaurri había desempeñado importantísimo papel en defensa de las instituciones liberales, emanadas de la Constitución de 1857. Sus soldados, comandados por los generales Juan Zuazua, Mariano Escobedo, Francisco Naranjo, Jerónimo Treviño, Silvestre Aramberri, Lázaro Garza Ayala, Juan Doria, Julián Quiroga, Pedro Martínez... habían recorrido a lomo de caballo el interior y el sur del país conquistando triunfos decisivos.

La personalidad de don Santiago Vidaurri adquirió relieves de caudillo nacional, al grado de ser proclamado como uno de los más egregios políticos. Así lo exaltaban en la prensa y en la tribuna del Congreso de la Unión, los más conspicuos liberales, como don Ignacio Ramírez, don Francisco Zarco, don Manuel Altamirano, don Guillermo Prieto...

Tenía Juárez enfrente un problema serio, que no podía soslayar. Necesitaba saber a ciencia cierta si contaba en la gran empresa de salvar al país con Vidaurri. Sus dudas se acrecentaban a medida que transcurría el tiempo. Había recibido instancias de Vidaurri, fundadas en consideraciones que a su entender eran de gran importancia, para que retardara su visita a Monterrey.

La actitud de Vidaurri se encauzaba hacia una neutralidad imposible. Como gobernador de Nuevo León y Coahuila, había luchado denodadamente por mantener la paz y procurar el bienestar de la comunidad, y aducía, como razón fundamental, que en las pasadas contiendas había sacrificado a la población proporcionando millares de combatientes, y gran cantidad de armas y parque.

Pero no se trataba de discutir si la población y él mismo merecían la tranquilidad y la paz. El enemigo venía en plan arrollador, no quedando más que esta alternativa: guerra o sumisión.

La posición de Vidaurri, al pretender quedar al margen de la contienda, era absurda, carente en absoluto de lógica. Puede explicarse como un recurso dilatorio; pero llegaría fatalmente el momento de tomar una decisión categórica.

Para Juárez no tenía sentido aquella actitud. Seguramente que Vidaurri veía perdida la causa republicana, mas, como había contribuido para su estabilidad con un excepcional espíritu de fidelidad a los principios liberales, no le era fácil desertar. Sin embargo todo hacía presumir que no tenía el propósito de emprender una nueva aventura.

Si pues las presunciones, basadas en la irregular conducta de Vidaurri hacia Juárez, lo situaban más inclinado al Imperio que a la República, lo indicado hubiera sido proceder en su contra desde luego.

Tal actitud no se escapaba a la penetración de Juárez, y a sabiendas de que tendría que llegar el momento de combatir a su viejo amigo, quiso agotar los recursos conciliatorios.

Salió Juárez de San Luis Potosí el 22 de diciembre de 1863 rumbo a Monterrey, a pesar de la opinión contraria de Vidaurri. La fuerza armada estaba al mando del Gral. Manuel Doblado y constaba de 1,500 hombres. Formaban en la comitiva los Ministros Miguel Negrete, de Guerra; Lic. Sebastián Lerdo de Tejada, de Relaciones y Gobernación; y Lic. José María Iglesias, de Hacienda; desmedrado Ministerio, que en nada afectaba a la entereza de Juárez, como Presidente.

No se trataba de hacer una demostración de fuerza militar. Más se acercaba aquella expedición, que debía pasar por pueblos pobres y abandonados, y por largas etapas desérticas, a una huída que a una marcha triunfal.

A la retaguardia el enemigo acechaba los movimientos de Juárez con la intención de batirlo y aniquilarlo. Al frente el desierto, y lo que pudiera ser un oasis cuatrocientas leguas hacia el norte, era dominado por un gran cacique de quien no podía confiarse.

La caravana, a pesar de todo seguía adelante obedeciendo a la inquebrantable decisión del carácter monolítico de Juárez.

El día 9 de enero de 1864 hizo su entrada a Saltillo, y ese mismo día el Presidente Municipal comunica la noticia a Vidaurri, diciéndole que se tributaron a Juárez los "homenajes y consideración que merece por el alto puesto que desempeña".

A partir de este momento los acontecimientos se precipitan. El celo, por una parte, de mantener en vigor el principio de autoridad, y por la otra, la sobreestimación de merecimientos personales, forman una barrera difícil de salvar.

Para cuando Juárez llegó a Saltillo, Vidaurri, con fecha 2 de enero, había expedido una proclama llamando al pueblo a las armas, alegando la inseguridad en la paz, las depravaciones cometidas por "bandoleros que bajo el nombre de guerrilleros intervencionistas, ejercen el robo y toda clase de excesos, con deshonra de su patria".

Pero resulta que esta actitud obedeció, más que a precaverse de los bandoleros, a prepararse contra Juárez.

Una de las primeras providencias de Juárez fue la de comunicar a Vidaurri que en vista de la situación prevaleciente, la administración de las aduanas de Nuevo León y Coahuila quedarían bajo la responsabilidad directa de la Secretaría de Hacienda. Esta medida causó enorme disgusto a Vidaurri, por los perjuicios económicos que le causaba, y se dispuso a sabotearla.

Hubo cambio de numerosas comunicaciones, sin que cediera en nada Juárez. Las dificultades por supuesto aumentaban, pues Vidaurri, con insistencia semejante, se oponía al cumplimiento de las órdenes de Hacienda.

En estos y otros pormenores de no menor importancia se pasó el mes de enero. Como nada se avanzaba con el cambio de notas escritas, Juárez dispuso salir rumbo a Monterrey, llegando a Santa Catarina el día 10 de febrero.

Para el efecto de calmar los ánimos el Gral. Doblado pasó a Monterrey, hablando con Vidaurri, asegurándole que venían en plan amistoso con el deseo de arreglar todas las dificultades.

Vidaurri se movía en un mar de prejuicios. No sabía qué camino seguir. Hablaba de la defensa de la Patria, y cuando se le ofrecía un lugar de honor en la contienda lo rechazaba alegando nimiedades. Con tal espíritu, lo que debía ser sencillo y cordial, lo transformaba en complicado y enojoso.

Al día siguiente avanzó Juárez hacia Monterrey, reforzada la fuerza armada con 2,000 hombres más al mando del Gral. Antillón. A la altura de San Jerónimo lo entrevistó el Gral. Doblado, informándole sobre la nueva plática con Vidaurri, quien insistía en que se aplazara la entrada del ejército hasta después de los arreglos que tuviesen.

No fue del agrado de Juárez aquella demanda; pero suponiendo que se romperían las hostilidades de seguir adelante dispuso que pernoctaran las tropas en San Jerónimo, y él y sus Ministros pasaron la noche en la casa conocida con el nombre de El Mirador, situada al poniente de la calle Hidalgo, que venía a ser la prolongación de la carretera de San Jerónimo.

Para el caso, y por las dudas, Vidaurri concentró en la Ciudadela 22 piezas de artillería, parque y víveres en abundancia.

Al día siguiente, 12 de febrero, la expectación en la ciudad era enorme. Habían trascendido las dificultades entre el Presidente y el Gobernador. La

entrada de Juárez adquiriría relieves especiales. El cielo estaba nublado contribuyendo psicológicamente a acentuar la intranquilidad.

A eso de medio día se inició el desfile de las tropas, que resultó deslucido por la lluvia aparte de la frialdad de la gente, que no acertaba cómo conducirse.

El recuerdo de un testigo presencial de los hechos agrega a este relato una nota de vivo colorido. Transcribo, de un artículo publicado en *Renacimiento* del 25 de marzo de 1906 suscrito con las iniciales F. E. R. la parte tiernamente humana de quien, siendo niño, vio lo que para siempre se grabó en su corazón: "En esos momentos una gritería atronadora dejóse oír hacia el lado de la calle de Bolívar, y en el recodo que ésta hace antes de desembocar en la plaza dicha, se destacó una carretela tirada por dos mulas de grande alzada, a la que seguían como una media docena de coches. Nos unimos a la multitud y corrimos tras el primer vehículo en todo el trayecto, de la calle del Roble a la de Galeana, hasta la casa del señor don Manuel Z. Gómez, donde hizo alto la comitiva. Como llegamos simultáneamente con el coche pudimos observar todo cuanto allí pasó: descendieron de los asientos delanteros dos caballeros en quienes reconocimos después a los señores don Vidal de la Garza Mireles y don José María de la Garza, ambos regidores del Ayuntamiento y que formaban parte de la comisión nombrada por este cuerpo para ir hasta la casa del señor don Juan López Peña, conocida comúnmente con el nombre del 'Mirador' y donde había pernoctado el señor Juárez y su comitiva, para acompañarle en su entrada a la ciudad.

"Observamos que estos caballeros al pisar la banqueta de la casa se descubrieron respetuosamente, y eso nos hizo adivinar que tras ellos descendería la majestad del señor Juárez, que encarnaba en esos momentos la causa de la República. Así fue, lentamente bajó del coche un hombre de mediana estatura, robusto, de color bronceo, de ojos vivos y penetrantes, y que con una mirada abarcó inmediatamente cuanto le rodeaba. No es posible explicar la emoción que todos los corazones experimentamos a la presencia de aquel hombre, tan modesto en su porte y ademanes, como grande en sus patrióticos hechos: no creíamos tener a la vista al hombre que desde las flaquezas de Comonfort había levantado y sostenido con sin igual entereza el estandarte de la República".

Ya en la casa del Lic. don Manuel Z. Gómez, Juárez se puso en comunicación con Vidaurri para dar término a la ya muy larga controversia. No habían taxativas, explicaciones ni promesas, puesto que las tropas imperialistas venían rumbo a Monterrey después de pasar por San Luis Potosí. Alargar la inestable situación era tanto como perder un precioso tiempo que aprovecharía el enemigo.

Fue así como en recados que van y vienen, de la Ciudadela a la casa ocupada por Juárez, se pasaron los días 12 y 13 y la entrevista no se realizaba. Por fin el día 14 Vidaurri acudió a la cita después de cumplimentarse sus deseos de que saliera la tropa armada de la ciudad, que había llegado con Juárez. Esa esperada entrevista, que significaba la posibilidad de un arreglo, resultó un fracaso, al grado de que, apenas transcurridos diez minutos, se levantaron ambos personajes de sus asientos y se despidieron en forma por demás fría. Juárez expresó a Vidaurri que se retiraba a Saltillo esperando que las cosas fueran cediendo en su gravedad para ver de encauzarlas de manera conveniente para los intereses de la Patria.

En realidad Vidaurri buscaba motivos para prolongar la situación y posiblemente él mismo no sabía por qué ni para qué, pero era indiscutible que no había tomado una decisión firme en su actitud. ¿Seguiría a Juárez en su aventura de salvar al país de la invasión francesa? ¿Echaría en olvido sus luchas de años y años en las filas liberales en donde tantos lauros había conquistado, y significaron la admiración y cariño de los habitantes del norte? ¿Qué conflictos interiores atormentaban el alma de Vidaurri?

Por lo pronto, Vidaurri esperaba acrecentar sus fuerzas con las que traían los generales Pedro Hinojosa y Julián Quiroga, próximos a llegar a la ciudad. Y con ello probablemente alimentaba la idea de convencer a Juárez para seguir usufructuando el Estado de Nuevo León y Coahuila como cosa propia, aun cuando, en honor de la verdad, confundía Vidaurri sus propios intereses con los del pueblo, ya que todo lo que obtenía era derramado en el bienestar de la comunidad.

Por su parte Juárez, con un sentido práctico, que le daba su larga experiencia en el campo de las operaciones militares y sabedor de que llegarían de un momento a otras fuerzas del Gobernador, tomó la decisión de alejarse de Monterrey, con la esperanza de regresar pronto en condiciones de obtener la victoria por las buenas o por la fuerza.

El coche presidencial se alejó por la calle de Bolívar para seguir minutos después por la calle Real, hoy Hidalgo. De ahí en adelante continuó por San Jerónimo, chapoteando en los inmensos lodazales que se habían formado con la lluvia. Más allá San Pedro, Santa Catarina, la Cuesta de los Muertos, Ramos Arizpe y Saltillo.

Todavía no salvaba Juárez los linderos de la ciudad cuando hicieron su entrada las tropas vidaurristas, comandadas por los generales Pedro Hinojosa y Julián Quiroga. Este inquieto guerrillero, famoso por sus cargas de caballería, quería atacar a la columna de Juárez; pero Vidaurri detuvo sus ímpetus.

¿Puede llamarse a esto visita presidencial? En cierto sentido sí, porque Juárez, en su carácter de Presidente de la República, pisó tierra regiomontana.

Cierto que no se le recibió con los honores protocolarios, ni con los festejos acostumbrados en tales casos; pero ello obedecía a las circunstancias extraordinarias que privaban.

¿Y el pueblo en general? Su actitud pasiva se explica desde el punto de vista de los sentimientos. La obra de Vidaurri hasta entonces había sido de tal magnitud, que no obstante los sacrificios de los habitantes del Estado, para hacer frente a las exigencias de las continuas guerras, se le respetaba y se le quería como a un gran caudillo.

De pronto se presenta el distanciamiento, y surgió la pregunta: ¿con quién? Los sentimientos obraron de inmediato para después imponerse el cerebro.

El vidaurrismo rápidamente se eclipsó. Los más adictos militares que habían actuado al mando de don Santiago pusieron sus espadas al servicio de la República que abanderaba don Benito Juárez.

Con cuánta elocuencia dice al respecto el Lic. Nemesio García Naranjo (El Porvenir, Feb. 5-1954): "En síntesis, para Lampazos que era vidaurrista, aquella crisis fue motivo de duelo, un duelo que no obscureció la ruta del deber, pues todos aquellos hombres supieron ser leales a la causa republicana, con el mérito supremo de que su lealtad significaba un inmenso sacrificio. El pueblo se cubrió de crespones, pero no por ello dejó de ser patriota. Ningún otro lampacense se adhirió al Imperio, pero todos ellos vieron el derrumbamiento de su caudillo con sabor amargo en la boca y lágrimas en los ojos. En aquel momento terrible, debo rendirle un homenaje muy especial a mi abuelo materno, don Felipe Naranjo, el segundo padre de su hermano menor el general Naranjo a quien aconsejó acertadamente para que tomara la debida orientación".

Quedan pues los campos definidos: Juárez, a nombre de la defensa de la Patria, en Saltillo; Vidaurri, en su falsa posición de mantener la paz en Nuevo León y Coahuila, en Monterrey.

Veamos, en rápida incursión histórica, lo que después sucedió.

Instalado Juárez en Saltillo de nueva cuenta, después de cambiar impresiones con sus ministros, tomó la decisión de romper con Vidaurri.

Al mismo tiempo en Monterrey aumentaba la intranquilidad, y en tanto Vidaurri precipitadamente hacía acopio de elementos de guerra, el pueblo reaccionaba a favor de Juárez.

El problema para Vidaurri radicaba en mantener fuera de la contienda internacional a Nuevo León y Coahuila, lo que resultaba imposible. Ni lo acep-

taba el Gobierno Republicano, ni lo aceptaría el Imperio de Maximiliano. Siendo parte de la Nación el territorio gobernado por Vidaurri tenía forzosamente que sufrir las consecuencias de la guerra.

En esta falsa situación se vio Vidaurri arrastrado hacia la contienda general, y desafortunadamente para él y para el país, por inercia, ocasionada por un mal entendido principio de neutralidad, su poder, su prestigio, todo, quedó subordinado a servir a una causa contraria a los ideales por los que había luchado con denuedo durante toda su vida política y militar.

Su agresividad, contenida en buena proporción por la lucha interna de su conciencia, le daba ánimo, no muy lúcido, para aumentar sus recursos de guerra. Envió carta circular a sus amigos y a las autoridades municipales informándoles de los últimos sucesos, y de sus propósitos de hacer frente "a la ruina que amenaza al Estado de parte de la desmoralización y vandalismo que acompaña la presencia del gobierno de la nación".

Ya en esta pendiente ordena a los presidentes municipales que, si algunas personas acuden a los pueblos a dictar o ejecutar órdenes del Gobierno Federal, sean aprehendidas.

Sin embargo, no muy seguro de sí mismo, envió a Juárez en comisión al Sr. Ignacio Basadre y al Gral. Pedro Hinojosa, portadores de un pliego en el que Vidaurri proponía su separación del gobierno del Estado, con la condición de que a nadie se persiguiera; que la oficialidad y la tropa quedaran en libertad de seguir en el servicio o retirarse.

Los comisionados fueron detenidos a las puertas de Saltillo por órdenes del Gral. Miguel Negrete, Secretario de Guerra, quien les comunicó que no serían recibidos por el señor Presidente. En esa situación hicieron entrega de la comunicación de Vidaurri.

La contestación la dio por escrito el Gral. Negrete por instrucciones de Juárez. En tono seco, enérgico, contundente se le decía a Vidaurri "que habiéndose rebelado contra el Gobierno Nacional para inodarse en el crimen de traición a la patria, y llevar adelante sus inteligencias y maquinaciones con el invasor extranjero... —no puede oír proposiciones de arreglo, ni aceptar más que la completa sumisión a la ley, sin condiciones de ninguna clase, que nunca son admisibles cuando se trata de la causa de la independencia de la República". Los comisionados fueron puestos en libertad llevando a Vidaurri la noticia de su definitiva eliminación de la causa constitucionalista.

Hago omisión de los pormenores que tuvieron lugar durante el tiempo transcurrido del regreso de Juárez a Saltillo y de su retorno a Monterrey. Por su categoría es de mencionarse el decreto expedido por Juárez el 26 de febrero disponiendo la separación de Nuevo León y Coahuila, lo que ocasionó a Vidau-

ri una depresión moral tremenda, acompañada de la pérdida económica que significaban los productos de la Aduana de Piedras Negras.

Como mi propósito es el de hacer referencia a la estancia de Juárez en Monterrey, no ahondo en todo cuanto se refiere a la época; pero tampoco es posible suprimir los elementos informativos que nos coloquen en condiciones de apreciar el panorama que prevalecía.

El día 3 de abril hace Juárez su entrada a Monterrey. El día anterior había desfilado por las calles engalanadas con gallardetes y banderas tricolores, el general Negrete, al frente de las tropas. El día 29 de marzo evacuó la plaza Vidaurri al frente de mil hombres armados. Su salida daba la impresión de quien se aleja sintiéndose derrotado. Por Piedras Negras se internó en Texas junto con Quiroga, dispersando a sus soldados, a quienes se les decía que estuviesen listos por si se necesitaban sus servicios.

Pero vamos a lo que ya puede llamarse visita, la que se prolongó hasta el 15 de agosto.

Encuentra Juárez en Monterrey un ambiente acogedor. Su entrada la hace en medio de las aclamaciones del pueblo, que ha decidido en forma radical su simpatía por quien representa la integridad nacional. Se desvanece más rápidamente de lo que podía suponerse la admiración que existía hacia Vidaurri. No se escuchan los acostumbrados "muera" para el caudillo que huye; pero se acrecienta día a día el divorcio entre él y el pueblo que lo admiraba.

El licenciado José Ma. Iglesias, ministro juarista, a partir de 1862 redacta crónicas de cuanto sucede en el país y en el extranjero sobre la Intervención Francesa. Bajo el título de "Revistas Históricas" son publicadas y distribuidas en la mejor y más amplia forma posible. Sobre la entrada de Juárez a Monterrey dice:

"Para reorganizar la administración pública en Nuevo León, el supremo gobierno ha venido del Saltillo a Monterrey, donde se le ha recibido con positivo entusiasmo, esmerándose la población en las demostraciones de regocijo con que ha solemnizado la llegada del primer magistrado de la nación. Las autoridades y varios de los principales vecinos salieron a recibirlo a una legua de distancia de la ciudad. Las casas estuvieron adornadas, de día con cortinas, y con luces por la noche. En el tránsito para palacio, de muchos balcones arrojaron las señoras flores y ramilletes. Los aplausos, los vivas, la alegría popular, demostraron la espontaneidad de la recepción, bien distinta de

las que proceden de órdenes oficiales. El ayuntamiento y el vecindario dieron al presidente y sus ministros, en el teatro del Progreso, un baile de obsequio, al que concurrieron todas las familias principales de la ciudad. En resumen, nada ha quedado por desear de cuanto pudiera apetecer el más exigente, como testimonio de la satisfacción causada a los habitantes de la capital de Nuevo León por la caída de su tirano”.

Se dedica Juárez a planificar y ejecutar todo cuanto corresponde a la alta misión que desempeña. Dicta órdenes para el aprovisionamiento de armas y parque que mantengan en condiciones combativas a los numerosos contingentes que sostienen en pie la soberanía nacional.

Mantiene comunicación constante con los generales republicanos Jesús González Ortega, Porfirio Díaz, Patoni, Escobedo, Naranjo y Treviño, con Berriozábal, Negrete, Cortina, Hinojosa y decenas más de republicanos que combaten denodadamente contra el invasor, unas veces con suerte adversa y otras en memorables victorias. Todo ello constituye para Juárez una preocupación que llena sus actividades día y noche y alienta su espíritu que jamás se doblegó ante la defección de algunos de sus amigos y valientes correligionarios, ni ante la superioridad numérica y combativa del enemigo, durante los tres primeros años de la contienda.

En las noches veraniegas, de intenso calor, gustaba Juárez pasear en la Plaza Zaragoza, acompañado de algunos de sus ministros y de vecinos distinguidos de Monterrey.

El clima ardiente, refrescado levemente por las corrientes de aire escapadas del cañón del Huajuco, apenas si daban un ligero alivio. Se imponía andar en camisa; pero Juárez, imperturbable, como si a él no le hiciera mella el calor, andaba con su pesado atuendo. Saco recto, chaleco, y pantalón de casimir color negro.

Cierto que la presencia de Juárez no era distinguida por lo que hacía a su estatura, garbo, color de la piel; pero tampoco impresionaba por fealdad o desarreglo en el vestir, como lo pinta en uno de sus romances don Guillermo Prieto:

*Se ve al licenciado Juárez
con su figura plebeya,
sombbrero de anchas alas,
raída y grosera chaqueta,*

*pantalones azul claro
que al empeine no le llegan,
con una faja de lana
que los detiene y sujeta
y que valuando con garbo
no valdrían dos pesetas.*

Pobre figura la de Juárez descrita en forma tan zahiriente. Le ajustaba mejor el cuadro al mismo romancero. Sabido es que a Prieto lo tenía sin cuidado el aliño: era despreocupado tanto en su atuendo como en su físico; siempre traía la cabellera alborotada, la barba que cubría las mejillas sin orden, con los anteojos cabalgando en las narices, los zapatos empolvados, todo lo cual le daba la apariencia de un amable vagabundo, de buenas maneras, sonriente, bondadoso y con la frase picante a flor de labio.

Era don Guillermo Prieto de los más asiduos acompañantes de Juárez, en esos paseos por la Plaza Zaragoza. Alto él, de mediana estatura Juárez, caminaban lentamente. Para Juárez la compañía de Prieto le era agradable porque con sus ocurrencias le hacía olvidar, aunque fuese por momentos, los graves problemas que afrontaba.

¡Qué distinta la compañía del Lic. José María Iglesias! Serio, circunspecto, de magnífica presencia, bien peinado, arreglada la barba de candado, intensamente negra, con sus lentes bien colocados y limpios, no daba reposo a Juárez, hablando de los asuntos hacendarios con machacante insistencia, y no le faltaba razón pues se carecía de todo, y ya lo decía Napoleón: para la guerra se necesita dinero, dinero y dinero.

En don Sebastián Lerdo de Tejada la conversación debía contener una buena dosis de filosofía y de historia. No se habían estudiado a fondo, según él, las causas determinantes de la Revolución Francesa, ni se habían fijado los alcances filosóficos de la libertad de creencias, ni de la estructura social del capitalismo.

Terciaba en estas disquisiciones el Lic. Manuel Z. Gómez, siempre atento a lo que exponían los ilustres acompañantes de Juárez, entre quienes hay que agregar al Gral. Doblado, Suárez Pizarro, Gamboa y licenciado Pedro Santacilia, yerno de Juárez.

Solían también agregarse a la comitiva intelectuales de la ciudad y miembros del Ayuntamiento, como el doctor José Eleuterio González, licenciado Manuel Z. Gómez, don Vidal de la Garza Mireles, don José Ma. de la Garza, don Pedro Elizondo, don José de Jesús Benítez, don Jesús Ma. Benítez y Pinillos, licenciado Lázaro Garza Ayala, don Juan C. Doria, don Pedro Mar-

tínez. Muchos de ellos se distinguieron posteriormente, combatiendo a los invasores.

Con más frecuencia de lo deseado se hablaba de Vidaurri. Para Juárez esas evocaciones le causaban gran molestia. Aún cuando en su semblante no se reflejaban sus íntimos sentimientos era notorio que prefería cambiar de tema. Tal parecía que le hacía daño en su espíritu recordar que había perdido, más que a un colaborador de altura, a uno de sus más queridos y admirados amigos. No podía olvidar las finas atenciones que tuvo para su esposa doña Margarita Maza y para sus hijas, cuando residían en Saltillo, a pesar de la tirantez de relaciones existentes entre ambos.

En cuanto a su esposa y a sus hijas: Manuela, Felicitas y María de Jesús, mantenían amistad con familias distinguidas de la ciudad, y especialmente con las hijas del general don Ignacio Comonfort, Clara y Adela, que residían en Monterrey bajo la atención de Vidaurri.

Puede sintetizarse la estancia de Juárez en Monterrey como el toque más acentuado de las desventuras, y como el yunque en que se fraguaron los caracteres de quienes, a nombre de la independencia de la Patria, se entregaron sin reservas a su servicio.

La inquietud de don Guillermo se manifestaba especialmente en su sensibilidad poética, de ahí que, apenas apaciguados los dolores lumbales, ocasionados por las interminables caminatas, buscara y encontrara la forma de publicar algún pasquín, que le sirviera de tribuna pública para desahogar algo de lo que bullía en su cerebro y de lo que destilaba su generoso corazón.

Y salió a luz el periodiquillo *El Cura de Tamajón*. Los tiempos eran propios para las tragedias, para las meditaciones profundas; pero en don Guillermo la vida escondía entre las penas motivos de satisfacción, lo que procedía era olvidar lo uno y exaltar lo otro. A la tristeza se le combate con la alegría, a la nostalgia con la esperanza, al dolor con el estoicismo.

Tales pensamientos normaban la mente y la acción del poeta, y en versos picarescos y prosas incisivas moldeaba dardos venenosos contra los enemigos.

¿Que venían cediendo terreno a los franceses?, cierto, la situación de las armas así lo exigía; pero a mayor extensión de territorio que cuidar, mejores condiciones para atacar. Además, bien sabido es que los viajes ilustran, y en el caso, obligados por la presión del enemigo, llegaban a pueblos que en otras condiciones tal vez no hubiesen visitado, y lógicamente, argumentaba don Guillermo como estribillo machacante, no hubieran tenido la oportu-

unidad de estrechar la mano de los amigos, de hablar con ellos, de imbuirles la fe que irradiaba la persona de don Benito.

Aquí tienen ustedes, decía don Guillermo, en una de esas reuniones de amigos, opinamos sobre los problemas graves y triviales que nos interesan, cambiamos impresiones sobre los errores cometidos, y alentamos esperanzas confiadas en los aciertos, que no son pocos, ¿cómo haríamos cosa semejante a distancia?

El poeta metido a dómine; pues como profesor de historia y literatura estaba acostumbrado a la cátedra, al grado de que en donde se reunía con más de dos personas pronto se calaba los anteojos, se pasaba la diestra por la enmarañada barba, y disertaba con tono académico sobre los más disímolos temas, sin perder las buenas maneras del caballero, ni la sonrisa bondadosa con que adornaba sus charlas.

Este personaje, emotivo, patriota, desinteresado, constituía en la comitiva presidencial un factor de inestimable valor. Camino a Chihuahua, después de abandonar Monterrey pernóctó Juárez en Noria de Pedriceña, Durango. Vale la pena transcribir un párrafo de las *Revistas Históricas* del licenciado José Ma. Iglesias. Puede apreciarse en esos renglones, escritos en momentos críticos para el Gobierno Republicano, el alma cristalina y recia de aquellos varones que jamás pensaron en la derrota:

“En la Noria Pedriceña se celebró, en la noche del 15 de septiembre, el fausto aniversario de la proclamación de la independencia mexicana. En la capilla del pueblo, que servía de alojamiento al batallón de Guanajuato, pronunció un improvisado y elocuente discurso el C. Lic. Manuel Ruiz, y enseguida habló también el presidente de la República, cuyas sentidas palabras conmovieron a los concurrentes.

“El día siguiente se pasó a la hacienda del Sobaco, donde también se celebró en la noche el aniversario patriótico que recuerda aquella fecha memorable. Fue el orador el C. Guillermo Prieto, quien en un corto rato escribió un discurso lleno de poesía y ternura. La solemnidad del acto fue grandiosa por su misma sencillez. Las montañas que limitaban el horizonte se elevaban majestuosas, como testigos mudos de aquel imponente espectáculo. La luna, saliendo de entre unas nubes que la habían ocultado poco antes, riolaba sobre el Nazas, que corría a poca distancia. El cuadro de los concurrentes, formado junto a la puerta de la hacienda, se componía del gobierno, de la escasa cuanto leal comitiva que lo ha acompañado en su tercera peregrinación, de los soldados del batallón de Guanajuato y del cuerpo de carabineros a caballo, fiel escolta del supremo magistrado de la nación, y de los sencillos habitantes de la hacienda, que por primera vez sin duda asistían a un acto semejante. Después del discurso, entonaron los soldados canciones

patrióticas, con las que alternaban danzas populares y representaciones alusivas a las costumbres de los indios bárbaros”.

El ambiente campirano, el convivir con las gentes humildes, sirvió a don Guillermo Prieto para afinar aún más sus sentimientos. Había en él todo cuanto constituye el fondo emotivo, creador y de ensueño del poeta. Nació poeta, y con este trajinar cerca de los pobres, de los que carecen hasta de lo necesario para la vida, almacenó conocimientos y arraigó en su corazón un gran amor por los desvalidos, de donde surgieron sus poemas, y las páginas sentimentales de sus memorias.

Cuando alrededor de una mesa se reunía Juárez con sus ministros cambiaba la situación. De oyente se convertía en expositor. Era común que en los graves problemas, después de escuchar las opiniones de sus consejeros y amigos expresara sus puntos de vista, con la mesura y la energía con que acostumbraba producirse. Se le oía con respeto y se le acataba, no siempre de buena gana; pero con la convicción de seguir y obedecer a quien acepta sin reservas la responsabilidad de sus actos, y es capaz de llegar al sacrificio incluso de la vida.

Convertido el recinto oficial del Estado en Palacio Nacional —esquina suroeste de Morelos y Escobedo— cobraba el modesto edificio inusitada categoría. Desde los ministros, funcionarios del Estado y generales, hasta los particulares, al entrar al palacio adoptaban respetuosa actitud, que se acrecentaba en presencia de don Benito Juárez, encarnación viva de los más sagrados intereses de la Patria.

En suma, la estancia de Juárez en Monterrey constituyó para él una dura prueba; pero al mismo tiempo le sirvió para darse cuenta exacta del material humano de aquí. A excepción de Vidaurri y de Quiroga, los más destacados hombres de acción, respondieron con firme adhesión a los principios nacionalistas.

Puede mencionarse en primera línea a los militares: Mariano Escobedo, Jerónimo Treviño, Francisco Naranjo, Lázaro Garza Ayala, Pedro Martínez, Juan C. Doria, José S. Aramberri, Ruperto Martínez y Pedro Hinojosa.

Pronto se hizo sentir la acción de estos patriotas. Empeñados en una guerra sin cuartel no daban descanso a sus actividades, incursionando por Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas, en admirable coordinación que les permitió conquistar grandes y decisivos triunfos.

Mi buen amigo y compañero de aficiones históricas don Apolinar Núñez de León, me ha referido una sencilla anécdota, que él a su vez escuchó de personas ligadas a los acontecimientos relacionados con la estancia de Juárez en Monterrey.

Un estudiante de derecho, de esos con título de “destripado”, se acercó a don Benito en súplica para que se le diera una nueva oportunidad.

Juárez lo interroga: “joven ¿qué es derecho? ¿Qué es justicia? El estudiante, perplejo, dirigió la vista al cielo como en señal de inspiración para contestar dichas preguntas. Tardando mucho tiempo en hacerlo, uno de los circunstantes interviene y le dice al señor Juárez: Vea usted, señor Presidente, el joven anda buscando la justicia en el cielo, temeroso de no encontrarla en la tierra”.

Don Benito, dándose cuenta del aturdimiento del estudiante, quiso estimular su audacia. Con gesto amable ordenó al licenciado Santacilia que procediera de acuerdo con los deseos del joven a quien, como despedida, le dijo que esperaba saludarlo como compañero en plazo no lejano.

Paseando el Presidente Juárez en la plaza Zaragoza, sin más acompañamiento que la luz de la luna, ensimismado en sus pensamientos, se le acercó un individuo de aspecto humilde y caminando a su lado le dijo: señor Presidente, lo importuno solamente para escuchar su voz, perdone mi imprudencia. Sin detener Juárez la caminata dirigió una rápida mirada al individuo dándose cuenta de que se trataba de una persona ingenua, pero de buena fe, y sin tardanza contestó:

Mi voz es como cualquiera otra, aunque a veces no se le quiere escuchar; pero seguiré hablando a las conciencias de los hombres para que luchen por la independencia y por la libertad.

El interlocutor, que resultó ser un modesto impresor, sin salir de su asombro al ser complacido en forma tan elocuente, trató de besar la mano de Juárez, lo que éste no le permitió diciéndole: no, eso no, usted y yo somos iguales, bese a su mamá, a su esposa y a sus hijos.

Al día siguiente en la ciudad no se hablaba más que de este incidente.

057718

Algunos viejos, testigos presenciales de la estancia de Juárez en Monterrey, a principios del siglo actual referían que en cierta ocasión, cuando discutía con sus ministros sobre la posibilidad de abandonar la ciudad, y dirigirse a Chihuahua, las opiniones se dividían oponiendo como causa principal la enorme distancia que los separaría de la capital de la República. Juárez replicaba que, si podían llegar hasta esas lejanas tierras en condiciones difíciles, con mayor facilidad regresarían al sonar la hora de la victoria.

Cuando las opiniones se inclinaban en favor de Juárez, el general Negrete, que había permanecido serio, taciturno, como volviendo en sí después de una exploración mental, en tono reposado y grave dijo: no olvidemos que el camino, además de largo, es sinuoso, por las montañas, los ríos, los desiertos y los montes que hay que salvar, y puede suceder que nos veamos en la necesidad de transitar a pie bajo la lluvia y el sol. El señor Presidente...

Le interrumpe Juárez sin alterar la voz y dice: Señor General Negrete: con su patética exposición ha despertado en mí dormidas experiencias de mi vida, cuando descalzo o con huaraches cuidaba de las cabras, no sentía el maltrato en los pies, ni fatiga en el cuerpo, y en cambio mi espíritu se ensanchaba ante las bellezas de los montes, de los arroyuelos, de los pájaros, de las nubes y del sol. Si ahora el destino nos depara una prueba semejante esté usted seguro de que el solo recuerdo de mi niñez me dará ánimo y fuerzas para vencer toda dificultad...

Se había transfigurado la figura de Juárez, y al callar, el general Negrete, cuadrándose militarmente, expresó conmovido: Señor Presidente, con usted iremos hasta el fin del mundo.

Un hijo más de Juárez, nacido en Monterrey, acrecentó su familia. Con este motivo la sociedad hizo sentir su adhesión al matrimonio, especialmente a doña Margarita Maza, que había conquistado el cariño de todos por su modestia y don de gentes. Se le admiraba por su devoción a los deberes de esposa y madre, por su patriotismo y por su valor al acompañar al Presidente de la República en esa ya larga peregrinación, llena de dificultades y de peligros. Por ella se hubiera agregado a la comitiva, sin importarle lo que significaba volver a salvar cientos de leguas de desiertos y montañas, careciendo en ocasiones hasta de lo más elemental para la subsistencia.

No podía Juárez aceptar un sacrificio semejante. La familia reclamaba la atención directa de la madre. Los recursos escaseaban; pero él trataría de proveer lo necesario. Y la despedida se impuso. La Patria atormentada, des-

garrada por la fuerza extranjera y por la ignominia de los malos mexicanos, exigía la entrega sin reservas de los leales.

Juárez seguiría hasta el final en la guerra, su esposa, en el destierro esperaría tiempos mejores.

Como documentos históricos copio el acta del registro civil del niño, y enseguida la de su bautizo.

No fue eso todo ya que también nació en Monterrey una hija del licenciado Pedro Santacilia y de doña Manuela Juárez. Un hijo y una nieta de don Benito vinieron al mundo aquí. También transcribo el acta de su bautizo.

"OFICIALIA PRIMERA DEL REGISTRO CIVIL. Libro No. 1. correspondiente al año de 1864, foja 2.

Al margen.—ANTONIO JUÁREZ.—Acta cuadragesima cuarta.

Al centro.—En la Ciudad de Monterrey, a los veintiocho días del mes de Junio de mil ochocientos sesenta y cuatro, ante mí, el Juez del Estado Civil y testigos que al final se nombrarán, el Presidente de la República, Ciudadano Benito Juárez, vecino de México, y residente hoy en esta Capital, manifestó: que el día trece del corriente, a las nueve y cuarto de la mañana, nació un niño que se llamará ANTONIO, el cual es hijo legítimo suyo y de su esposa la Señora Doña Margarita Maza. Todo lo cual en cumplimiento de la Ley hice constar en la presente acta, que leí al declarante y testigos los Ciudadanos José María Arteaga y Francisco Díaz, mayores de edad y recientemente avecinados en esta Capital, quienes firmaron conmigo: Doy fé.—Anto. Tamez.—Benito Juárez.—José Arteaga.—F. Díaz. (Rúbricas)".

"LIBRO No. 38 DE BAUTISMOS. PRINCIPIA EL 15 DE ENERO DEL AÑO DE 1864 A 1865.

PARROQUIA DEL SAGRARIO DE LA CATEDRAL DE MONTERREY. Página 106.

En el Palacio de Gobierno, previo el permiso del Superior Gobierno Eclesiástico del Obispado, a los veinte y tres días del mes de julio de mil ochocientos sesenta y cuatro, yo el infrascrito cura, bauticé solemnemente y puse el Santo Oleo y Sagrado Crisma a JOSÉ ANTONIO de un mes y once días de nacido, hijo legítimo del Ciudadano Presidente Licenciado Dn. BENITO JUÁREZ, y de Dña. MARGARITA MAZA, vecinos de ésta, fueron sus padrinos Dn. Pedro Santacilia y Dña. Manuela Juárez a quienes se les advirtió su obligación y pa-

rentesco espiritual; y para constancia lo firmé. RAFAEL DE LA GARZA SEPÚLVEDA (Rúbrica)".

"LIBRO No. 38 DE BAUTISMOS. PRINCIPIA EL 15 DE ENERO DEL AÑO DE 1864 A 1865.

PARROQUIA DEL SAGRARIO DE LA CATEDRAL DE MONTERREY.
Página # 106.

En el Palacio de Gobierno, previo el permiso del Superior Gobierno Eclesiástico del Obispado, a los veinte y tres días del mes de julio de mil ochocientos sesenta y cuatro, yo el infrascrito cura, bauticé solemnemente y puse el Santo Oleo y Sagrado Crisma a MA. JUANA DOLORES, de doce días de nacida, hija legítima de Dn. Pedro Santacilia y de Dña. MANUELA JUÁREZ vecinos de ésta, fueron sus padrinos Dn. Domingo de Goicousia y Dña. Carlota Mora residentes en Nueva York y por comisión de los mismos el Ciudadano Presidente Licenciado Dn. BENITO JUÁREZ y Dña. MARGARITA MAZA, a quienes se les advirtió su obligación y parentesco espiritual; y para constancia lo firmé. RAFAEL DE LA GARZA SEPÚLVEDA (Rúbrica)".

Siguiendo la costumbre de la región se festejaron los sucesos con una merienda de chocolate y repostería a la que asistieron las personas de más confianza. Sirvió aquella reunión de pretexto para acercarse más los vecinos de Monterrey a la familia del Presidente Juárez.

Cerca el enemigo, con fuerzas numerosas y bien equipadas de franceses y mexicanos afectos al Imperio, de nueva cuenta tomó Juárez los caminos polvorientos del desierto, con la fe inquebrantable de los iluminados. A su familia la envió a los Estados Unidos vía Matamoros.

Enfiló hacia Chihuahua tratando de alejar al invasor de su centro de aprovisionamiento. El coche, modesto medio de transporte, salvaba increíbles distancias rodando entre lodazales, hoyancos, arroyos crecidos, pendientes que obligaban a los pasajeros a bajar del coche; pero la voluntad de servir y de triunfar daba a Juárez un torrente inagotable de energías.

Quien viera aquella desmedrada caravana no podía concebir que en ella fuesen los funcionarios más elevados del Gobierno Republicano. Juárez y algunos de sus ministros en el coche, los demás a caballo. A la vanguardia un

destacamento de soldados de la más absoluta confianza; pero en número tan limitado que por mucho valor y destreza de que fueren poseedores, al ser atacados por fuerzas superiores en número y armamento difícilmente podrían resistir.

A la retaguardia otro destacamento de iguales características, y, en el centro, siguiendo al coche presidencial, caminaban en hilera once carretas, tiradas por bueyes, llevando el valioso cargamento del archivo nacional.

El enemigo tenía noticias de ese arriesgado y trágico éxodo y anhelaba posesionarse de la documentación. Juárez sentía sobre sí la responsabilidad de traer consigo aquel voluminoso cargamento, sin contar con los medios adecuados para su conservación, en un caso nada remoto de ataque del enemigo.

Decidido a dejar en lugar seguro los documentos consultó con sus ministros y estuvieron de acuerdo. Habían llegado a un lugar llamado El Gatuño, del municipio de Matamoros, Coahuila. Era el 4 de septiembre. Habían transcurrido quince días desde la salida de Monterrey, salvando una distancia como de 400 kilómetros. Para llegar a Chihuahua faltaban 800 kilómetros más de tierras pelonas, carentes de agua.

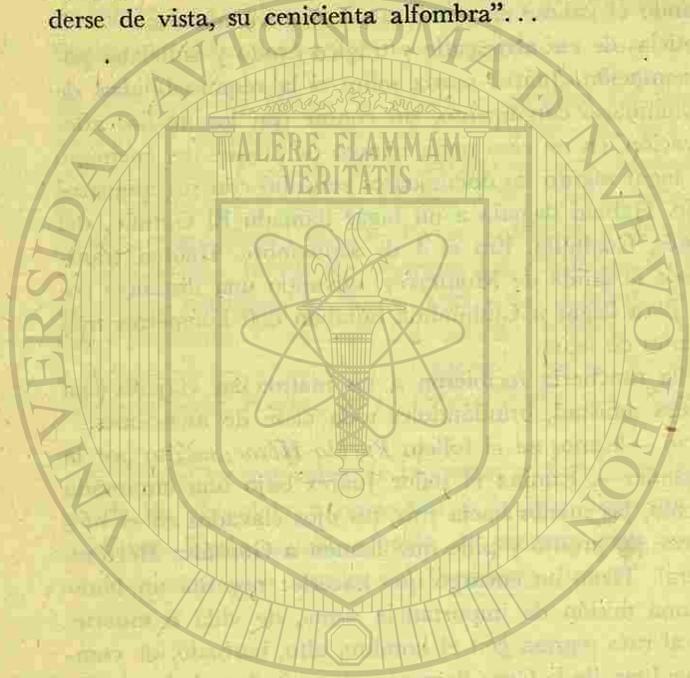
Los vecinos de aquella rancharía recibieron a los maltrechos viajeros con demostraciones de sincera amistad, brindándoles toda clase de atenciones.

"Después del almuerzo —leemos en el folleto *Pueblo Héroe*, escrito por la profesora Rosario Fernández—, camina el señor Juárez bajo una enramada que había frente a la casa, las manos hacia atrás, los ojos clavados en el suelo. Preocupado, se detiene de pronto y pide que llamen a González Herrera, jefe de la guerrilla liberal. Tiene un encargo que hacerle: necesita un hombre capaz de cumplir una misión de importancia suma, de vida o muerte. Se ausenta don Jesús y al rato regresa con el hombre, alto, barbado, de complexión atlética. Se llama Juan de la Cruz Borrego y es agricultor de la región.

"Se sientan los tres bajo la enramada. Juárez, con su habitual actitud solemne, les explica: Las once carretas colmadas de fardos traen los archivos de la Nación. Los invasores y los traidores quieren apoderarse de esos documentos. Hasta Chihuahua, adonde él se dirige, el camino es largo y lleno de acechanzas. Quiere poner en manos de los tulises esos tesoros, seguro de que sabrán guardarlos a riesgo de sus propias vidas. Don Juan de la Cruz Borrego contesta con un parco 'descuide usted, señor' e informa que tiene un puñado de hombres a la altura de tal misión. Es todo. El indio y el norteno se estrechan la mano fuertemente, sin más palabras".

Sigue la caravana rumbo a Chihuahua ya sin la impedimenta del archivo, que ha quedado en poder de un puñado de hombres de honor. Tres años después, de regreso Juárez, amparado por el triunfo de la República, recibe el archivo nacional de manos del mismo Juan de la Cruz Borrego.

Para mi objeto, en esta ocasión, dejo a Juárez en el camino que describe don Carlos Pereyra: "En un campo erizado de la frontera del Norte, culebreaba, una tarde, la fugitiva caravana presidencial. En la inmensa llanada no había un árbol, una casa, un arroyo: la gobernadora extendía, hasta perderse de vista, su cenicienta alfombra"...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

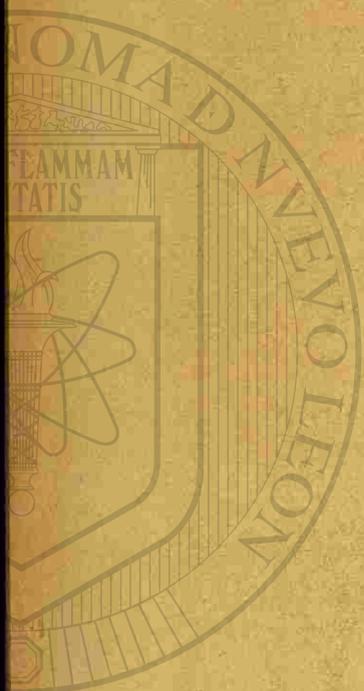
057718

NL
972.12

S162v

52954
UANL





U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.